

A José M.^a Gabriel y Galán

Te fuiste de nosotros humildemente, como brisa
terral que llega de las cumbres, oréanos y pasa;
te dormiste en el halda nutricia de la tierra madre,
la parda tierra generosa que tú tanto amabas.

Y silenciosamente vuelves. Ya estás aquí, presente,
recitando versos de «Varón», «El Embargo» y «El Ama»;
versos en carne viva, con la sangre y nervios al aire,
palpitación perenne de las telúricas entrañas.

En ellos está Dios, los hombres y las cosas pequeñas
que entretejen la vida, la colman y desgranán;
las mínimas cosas que guardamos amorosamente,
como novia feliz las galas nupciales en el arca.

Recuerdos que ponen temblor de emoción en las mejillas
envejecidas, velan la voz y hacen brotar las lágrimas;
pedacitos de luz en la sombra del tiempo que huye,
rescoldo vivo, con el calor de las primeras brasas.

Con qué falsa moneda, poeta, pagamos tus dones:
purpurina, guijarros por oro puro y esmeraldas.

Tú, gran señor de la poesía, regalas con largueza;
nosotros, qué vamos a darte, si no tenemos nada.

Perdón, hermano mayor de los poetas extremeños;
perdón, por salirnos de tu ruta luminosa y clara;
perdón, por olvidarnos del cielo y de la tierra nuestra,
y el talante viril de la más ecuménica raza.

Pero ya no podemos hacer otra cosa; nos pesa
demasiado la herencia sobre las débiles espaldas.
Somos brotes enanos de relamidas hierbecillas
en torno al tronco venerable de la encina sagrada.

Ya nadie cantará como tú nuestros campos veneros,
porque nos falta aliento y voz en la hética garganta;
y seremos malditos, por encarnar dos emociones
donde teníamos los hombres el corazón y el alma.

EUGENIO PAYO

Páginas de humor

No más, calvos



GRACIAS a la inmensa producción de celulosa y a la no menos
inmensa vanidad humana, sabemos algo acerca de nuestros
semejantes más remotos, podemos hablar del hombre blanco
y del amarillo, del superhombre, del hombre-masa y hasta de la
psicología del toro de lidia. Incluso algún osado ha hundido el es-
calpelo de su pluma en el cerebro del hombre gordo y del hombre
flaco. Esta parece ser la última conquista de la ciencia en el campo
del alma humana.

Clasificados en razas, en grupos étnicos, en tipos, y finalmente,
por peso, era de esperar que se redujese considerablemente el con-
sumo de papel y que la persona menos *sapiens* tuviese un conoci-
miento completo del *homo*. Esperanza falaz. El hombre es el único
animal que no contento con tropezar dos veces en el mismo árbol,
lo utiliza luego para llenar el mundo de libros. La publicación del
primero debió ser algo así como la aparición de la primera bacteria.

Y sin embargo ¡qué gran laguna de ignorancia! Tú, lector, po-
drías hablarme de los proyectos de César o Napoleón, del alma del
oriental o del zulú, de don Juan, de Eva... ¿Pero qué sabes del hom-
bre calvo? Nada, absolutamente nada. Es posible que si no hubiese
café y salas de espectáculos, ignoraras la existencia de ese inconfun-
dible tipo humano. Que yo recuerde, sólo un escritor se ocupó
de él para afirmar que el calvo era un producto de la civilización.
Crasísimo error. Todo lo contrario, señor, todo lo contrario. Si no
hubiese calvos habría menos sombreros. Y desde luego, no se ha-
brían dedicado los sabios a investigar la raíz del pelo, ni habría al-
quimistas en el siglo XX y la mismísima civilización hubiera peli-
grado. Porque todo lo grande y hermoso ha sido hecho por hom-
bres llenos de ilusión. Y entre los seres de nuestro viejo globo, nin-
guno tan iluso como el calvo.

Su fe es inquebrantable, inasequible al desaliento, impermeable
a todos los fracasos. Si se pasa la mano por la calva, no es para
oxear las moscas, sino para comprobar la eficacia del último especí-
fico. Basta con que las yemas de sus dedos tropiecen durante este
examen con una aspereza cualquiera, para que su corazón lata como
el de una enamorada. Si se le cae un pelo, sufrirá una desilusión pasa-
jera, porque en su corazón no cabe el desengaño. En seguida os dirá
que ese pelo fué arrancado por el peine y que volverá a nacer.

Yo tengo un amigo cuya calvicie se inició hace varios años. So-

bre su cabeza, como un general sobre el plano, os puede marcar, milímetro a milímetro, las fases de la progresión del mal desolador. Sabe exactamente los centímetros cuadrados de zona poblada que aún conservará cuando llegue a los cincuenta. Y os lo mostrará con un gesto triunfal. La verdad es que a consecuencia de un malhadado menjurje perdió las posiciones que con tanto tesón defendía en su cabeza. Y no se desalentó, antes bien, se llenó de gozo. Era una prueba de la bondad de aquel unguento, según sus creadores. Más tarde se produciría el milagro. Y mi amigo sigue esperándolo...

Pero también existe el tipo incrédulo. Son los traidores. Es ese repulsivo calvo, que al perder la fe, tapa su desnudez no con unas hojas de parra, sino con una vil peluca. O el desvergonzado, que barajando hábilmente los restos de su cabellera, cubre de ridículo afrentoso lo que debía ser una honrada calva.

Y los delatores. ¿No habéis sentido deseos de arrancarle la nariz a ese imprudente figaro que armado de un espejo traidor os desnuda impudicamente? ¡Palurdos! Que vayan a Inglaterra a aprender. Yo leí en una revista inglesa cómo un peluquero comprensivo hacía estas cosas. En vez de espejo usaba un cuadro convenientemente dibujado. Y el cliente abandonaba el sillón confortado y optimista. ¡Qué poco cuesta mantener la ilusión! Y quien sabe si la bomba H, algún día, al trastornarlo todo, determinará una estupenda floración en todas las calvas supervivientes.

Mientras tanto, queridos congéneres, yo lanzo nuestro grito de guerra. ¡No más, calvos! Es el mismo *slogan* que esgrimen nuestros enemigos, los alquimistas, pero modificado por esa coma vibrante, salvadora.

Hacedla vuestra. Agrupaos en torno a ella como los soldados en torno a su Bandera. Una coma se transporta fácilmente. No necesita pilotos y aviones especiales como la bomba de hidrógeno. Se la puede guardar en una caja de fósforos, en el anillo, en el encendedor, o también y es preferible, podemos llevarla en el sitio más visible y brillante de la calva.

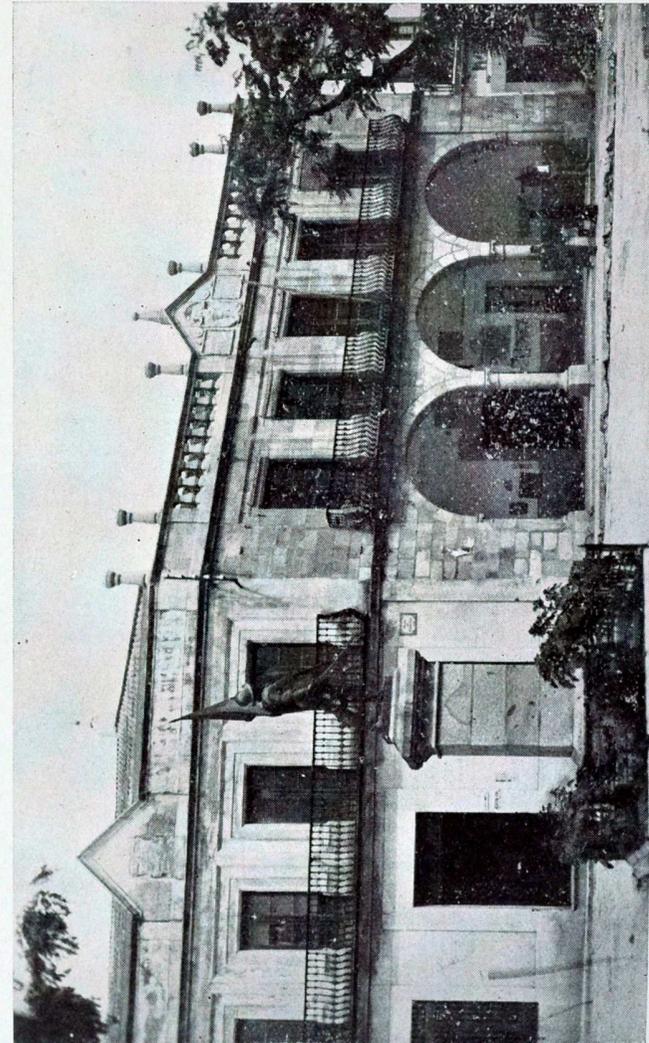
Su empleo es mucho más fácil que el de la bomba famosa y su potencia infinitamente superior. Una bomba puede alterar el curso de un río, pero una coma puede alterar el curso de la historia.

Mas nosotros no tenemos proyectos ambiciosos. Dejaremos que el río siga su curso aunque se sequen los pantanos y no obstaculizaremos la marcha de la historia que es, en fin de cuentas, la que justifica el empleo de nuestra arma.

Cuando el *slogan* sibilino, cuando el dorado y tentador ¡no más, calvos! turbe vuestros ojos con el encanto de una manzana paradisiaca... descubrios. Descubrios y mostrad la coma.

Pero yo sé que fracasaré en este empeño, ¡oh ilusos! Si un sabio demostrara con unos cuantos signos cabalísticos la irreductibilidad de todas las calvicies, los calvos del mundo entero se mustiarían como las flores en el otoño.

MANUEL RODRIGUEZ MONTERO



ALBUM EXTREMEÑO. — Casas Consistoriales y Juzgado Comarcal de Villanueva de la Serena (Badajoz). Foto Arribas